

891.7

G.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPÍTULO I

LA PERSECUCIÓN

DORMÍA profunda y tranquilamente. De pronto noté un peso enorme sobre las piernas y me desperté gritando. Ya era día; un sol ardiente inundaba la habitación. Sobre mi cama, ó más bien, sobre mis rodillas, estaba el señor Bakhtcheief.

No había duda; era él. Librando del peso aquel á mis piernas lo mejor que pude, me senté en el lecho con el aspecto de anonadamiento del hombre recién despertado.

—¡Y aun me mira!—gritó el hombre gordo.—¿Por qué me examina usted así? Levántese, amigo, levántese; vamos, abra las ventanas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hora es?

—¡Oh! No es tarde, pero nuestra Dul-

cinea no ha esperado al día para despedirse á la inglesa. Levántese; la perseguiremos.

—¿Qué Dulcinea?

—¡Hombre, nuestra Dulcinea, la inocentel! Ha huido antes de amanecer. Pensaba permanecer aquí un instante, el tiempo preciso para despertarle á usted y ya llevo dos horas. Levántese; su tío le está esperando. ¡Ya ve usted qué cosas!

Hablaba con voz irritada y en tono de malhumor.

—¿De quién y de qué es de lo que usted habla?—pregunté yo con impaciencia; pero empezando á adivinar de qué se trataba.—¿No será cosa de Tatiana Ivanovna?

—Sin duda; de ella. Ya lo había yo predicho; no querían escucharme. Está loca de amor. El amor la ha enloquecido. ¿Y qué decir de él?

—¿Fué Mizintchikov?

—¡Al diablo con eso! Vamos, hombre; frótese los ojos y procure dormir la mona, aunque no sea más que en honor de la fiesta que hoy se celebra. Hay que creer que ha bebido usted mucho anoche y que aún no se desvanecieron los efectos de la bebida. ¿Qué Mizintchikov? Estamos hablando de Obnoskine. Ivan Ivanovitch Mizintchikov, que es un hombre de buenas costumbres, se dis-

pone á acompañarnos en nuestra persecución.

—¿Qué dice usted?—exclamé saltando de la cama.—¿Pero es posible que fuera Obnoskine?

—¡Diablo de hombre! Me dirijo á él como á un hombre inteligente; le comunico una noticia y se permite dudar. Vamos, querido, basta de charla; estamos perdiendo un tiempo precioso; si quiere usted venir con nosotros, arréglese en seguida.

Salió indignado, sorprendido; yo me vestí lo más rápidamente posible y bajé corriendo. Creía encontrar á mi tío en aquella casa, donde todo parecía dormir en la ignorancia de los sucesos; gané la escalera con precaución y en el descansillo me encontré con Nastenka, vestida con una *matinée* al desgaire: llevaba el pelo despeinado y era evidente que acababa de abandonar su lecho para espiar la salida de alguien.

—Oiga ¿es cierto que Tatiana Ivanovna ha huido con Obnoskine?—preguntó con precipitación. Hablaba con voz entrecortada; estaba pálida y como horrorizada.

—Eso dicen. Estoy buscando á mi tío; vamos á perseguirla.

—Sí; ¡tráiganla ustedes lo antes que puedan! Si no andan ustedes de prisa la cosa está perdida.

—Pero ¿dónde está mi tío?

—Debe de estar abajo, junto á las cuadras, engancho los caballos al coche. Dígale de mi parte que quiero marcharme hoy mismo; estoy resuelta. Me llevará consigo mi padre. Si es posible partiré dentro de un momento. Ya está todo perdido, ya todo ha muerto.

Al decir esto me miraba llena de exaltación, y de repente empezó á llorar. Creí que era víctima de un ataque de nervios.

—Tranquílcese—supliqué.—Todo saldrá bien. Ya lo verá... ¿Pero qué le ocurre á usted, Nastassia Engrafovna?

—No sé que tengo—dijo oprimiéndome inconscientemente las manos. Dígale...

Pero se oyó entonces un ruido que procedía de detrás de la puerta; y soltó mis manos, y asustada huyó escalera abajo sin terminar la frase.

Encontré á toda la banda: á mi tío, á Bakhtcheief y á Mizintchikov, en el patio, cerca de las cuadras. Ya estaban engancho los caballos al coche de Bakhtcheief.

—Ahí está—exclamó tío al verme.—¿Estás enterado?—añadió con una expresión singular en el rostro. En su voz, en su mirada y en todos sus movimientos había algo que indicaba terror, confusión y desesperación. Comprendía que

en su vida se producía un trastorno importante.

Pude al fin obtener algunos detalles. Después de una mala noche, el señor Bakhtcheief había salido de su casa á la primera misa del convento situado á cinco verstas de su propiedad. Al abandonar la carretera y tomar el atajo que conducía al monasterio, vió de repente huir un tarantass ocupado por Tatiana y Obnoskine. Sorprendida, con los ojos llorosos, Tatiana parecía dispuesta á lanzar un grito y tender los brazos hacia el señor Bakhtcheief como suplicándole que la defendiese.

—Y él, el cobarde—añadió,—se quedó inmóvil, como muerto; se ocultaba, ¡pero ya te lo diré yo, buen hombre! ¡No te escaparás!

Sin más reflexiones Stefano Alexievitch había seguido por la carretera y ganado á toda prisa Stepantchikovo, donde inmediatamente nos hizo despertar á mi tío, á Mizintchikov y á mí. Se pronunciaron todos en favor de la persecución.

—¡Obnoskine! ¡Obnoskine!—gritaba mi tío, sin separar la mirada de mí, como si al propio tiempo hubiese pretendido que yo entendiese otra cosa.—¿Quién había de creerlo?

—Pueden esperarse las mayores infamias de ese miserable—exclamó Mi-

zintchikov con indignación, pero no sin volver la cabeza para otro lado en evitación de una mirada mía.

—¡Bueno! ¿Vámonos? ¿Es que al fin permaneceremos aquí hasta la noche, entretenidos en contarnos cuentos?—interrumpió el señor Bakhtcheief, mientras subía á la calesa.

—¡En marcha!—repuso mi tío.

—Todo va bien—le deslicé yo á mi vez en voz baja al oído.—Ya verá usted como se arregla todo.

—Dejemos las cosas donde están y no nos alegremos... ¡Lo que quiero es cazarla, pura y simplemente para castigarla y meterla en un convento! Creo que todo esto traerá consigo muchos disgustos.

—A ver, Yegor Ilitch, deje de cuchichear y vámonos ya—gritó el señor Bakhtcheief,—á no ser que prefiera usted desenganchar y ofrecernos un tente en pie. ¿Qué le parece á usted un vaso de aguardiente?

Tales palabras fueron pronunciadas con un tono tan furibundo, que habría sido imposible desobedecer los deseos del señor Bakhtcheief.

Subimos al coche y los caballos empezaron su marcha al galope.

Durante algún tiempo, todo el mundo guardó silencio. Mi tío me miraba, de acuerdo conmigo, pero no quería hablar

delante de los otros. Por momentos se abstraía en sus reflexiones; luego se estremecía como una persona que acaba de despertar y miraba con inquietud alrededor.

Mizintchikov parecía tranquilo y fumaba su cigarro con lá dignidad de un hombre cuyo honor se ha ofendido injustamente.

Pero Bakhtcheief se incomodaba con todos. Gruñía rudamente, envolvía hombres y cosas en una mirada franca de indignación, se ponía rojo de ira, soplabá sin cesar y no podía lograr quedarse tranquilo.

—¿Está usted seguro, Stefano Alexievitch de que se hayan ido á Michino?—preguntó de pronto mi tío. Y volviéndose hacia mí, añadió:—Está á cosa de veinte verstas de aquí; es una aldea de unos treinta vecinos, que ha comprado al antiguo propietario un empleado retirado de la cabeza de partido. Tiene una horrible reputación de bromista. Según Stefano Alexievitch esa es lá dirección que tomó Obnoskine, y según creo, el empleado ese sería su cómplice.

—¡Caramba!—exclamó Bakhtcheief.—¡Los digo á ustedes que están en Michino! Claro que puede ocurrir que ya no esté allí Obnoskine. ¡Hemos perdido lo menos tres horas en charlas inútiles!

—No se impacienten ustedes—interrumpió Mizintchikov.—Sabremos dar con ellos.

—Sí, seguramente les encontraremos, pero entretanto él lleva su presa y puede correr.

—Tranquilízate, Stefano Alexievitch, tranquilízate, les encontraremos—dijo mi tío.—No han tenido tiempo de organizar la fuga. Ya verás.

—¡No han tenido tiempo de organizar nada!—repitió Bakhtcheief furioso.—Sí; no habrá tenido tiempo de organizar nada, la pobre, con su dulzura de siempre. Todos decían: «¡Es tan dulce!—añadió con voz aflautada que pretendía, sin duda, imitar á alguien.—¡Ha sido tan desgraciada siempre!» Pero nos ha vuelto la espalda la pobre desgraciada. ¡Corred ahora detrás de ella por los caminos y con la lengua fuera!

—Pero, noté yo, no es ya ninguna niña; no está en tutela. Si no quiere, nadie la hará regresar. ¿Qué intentaremos entonces?

—Tienes razón, pero consentirá en volver, te lo aseguro. Ahora se deja hacer; pero en cuanto nos vea volverá con nosotros, respondo de eso. Nuestro deber es no abandonarla, no sacrificarla.

—¡No está en tutela!—gritó Bakhtcheief volviéndose hacia mí.—Pero es una idiota y poco importa que no esté

bajo tutela. Ayer no he querido contarle, pero una vez en que me equivoqué de puerta, entré por error en su cuarto. Y me la encontré enfrente del espejo y con las manos en las caderas, bailando la escocesa. Estaba vestida de un modo admirable, como un figurín de modas. No hice más que escupir y marcharme. Desde aquel momento tuve el presentimiento de lo que iba á suceder.

—¿Por qué juzgarla con esa severidad?—insistí no sin timidez.—Se sabe que Tatiana Ivanovna no goza de una salud perfecta... que tiene manías... El único culpable, á mi entender, es Obnoskine.

—¡No goza de una salud perfecta! ¡Vamos, hombre!—añadió Bakhtcheief, rojo de rabia.—¡Pretende usted enfurecerme! ¡Se lo propone usted desde ayer! Es imbécil, hijo mío, lo repito, absolutamente imbécil. No se trata de saber si goza ó no de buena salud; está loca de amor y, desde la primera infancia, ha ido donde el amor ha querido llevarla. En cuanto al otro, no hay siquiera que pensar en él. El hombre llevará al galope su troika entre el ruido de las campanillas, y bien que se estará riendo.

—¿Cree usted que él la abandonará en seguida?

—Pero ¿cree usted que va á pasear por todos sitios un tesoro semejante? ¿Qué haría con él? La desposeerá de cuanto tiene y luego le dará libertad, la abandonará en el camino, junto á un zarzal, y sin otra compañía.

—¿A qué vienen esos apasionamientos, Stefano? No se arreglará así mejor la cosa. ¿Por qué incomodarse? ¿Qué más te dá?

—¿Es que no tiene corazón? Para él no soy más que un extraño y eso me irrita. También es por afecto, por lo que le hablo con... En último término ¡que me lleven los demonios! ¿Qué más dá? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

De esta manera se agitaba el señor Bakhtcheief; pero yo ya no le oía, sumido como estaba en la más profunda meditación. He aquí brevemente expuesta la biografía de Tatiana Ivanovna, tal como tuve la ocasión de recogerla más tarde y de una fuente verídica. Es preciso conocerla para comprender sus aventuras.

Pobre huérfana, se educó desde niña en una casa extraña á ella y poco hospitalaria; después fué una muchacha pobre; más tarde una señorita pobre, y por fin, una mujer pobre. Tatiana Ivanovna, en su pobreza, había bebido hasta las heces la copa de la tristeza, del aislamiento y de la humillación y

de los reproches. Conoció, sin excepción alguna, todo lo que lleva consigo el pan ajeno. La naturaleza la había dotado de un carácter muy impresionable y ligero. Al comienzo soportaba de cualquier modo su triste destino y encontraba de vez en cuando ocasiones de reír con su risa, inocente y pueril. Pero la suerte le hizo pagar aquellas risas.

Poco á poco palideció, adelgazó, se convirtió en irritable y adquirió una susceptibilidad enfermiza y acabó por caer en un ensueño interminable, únicamente interrumpido por crisis de lágrimas y de sollozos convulsivos. Lo único que la consolaba era la imaginación, y tanto más cuanto la realidad la presentaba menos bienes tangibles. Estos ensueños que nunca se realizaban eran para ella más deliciosos según las esperanzas de la felicidad se iban alejando para no volver. No era mientras dormía cuando soñaba; soñaba con los ojos abiertos; soñaba con riquezas incalculables, con una belleza eterna; con pretendientes ricos, nobles, elegantes príncipes ó hijos de generales que le destinaban su corazón con una pureza virginal y expiraban á sus piés en un amor infinito, hasta que apareció *él*, el ser bello que reunía en sí todas las perfecciones y era afectuoso, apasionado, artista, poeta, hijo de general,

todo á la vez, ó sucesivamente; su razón se debilitaba bajo la disolvente acción de este opio de ensueños secretos é incesantes, hasta que, por dé pronto, el destino le jugó una última pasada.

De señorita de compañía en casa de una señora vieja, tan ceñuda como desdentada, permanecía en el último grado de la humillación, obligada á los inferiores menesteres, acusada de las peores infamias, á merced de las ofensas de todos, sin que nadie saliese á defenderla, embrutecida por aquel vivir atroz y encantada al mismo tiempo en el paraíso artificial de sus sueños locamente ardientes, cuando de pronto llegó á ella la noticia de la muerte de un pariente lejano suyo, sin más familia que ella. En su ligereza ella nunca se había preocupado de él. Era un hombre extraño que había vivido encerrado en un lugar distante y entre otras características ofrecía la de su amor á la soledad, su genio sombrío, su horror al ruido, y sus aficiones á la frenología y la usura.

La fortuna que caía á los piés de Tatiana era enorme; se extendía en un largo riachuelo de oro. Esta ironía de la suerte dió al traste con el poco juicio que la quedaba. ¿Cómo un cerebro tan debilitado no iba á conceder gran confianza á sus sueños cuando veía que

se realizaba una parte de ellos? Ahí dejó la desdichada su último vislumbre de sentido común, todos los escrúpulos, las dudas y las barreras que levanta la realidad y sus leyes rigurosas y fatales.

Tenía treinta y cinco años; soñaba con la belleza deslumbrante y en la triste frialdad de su otoño, sentía en sí todas las riquezas inagotables; todo se iba confundiendo sin lucha en su sér. Si se había hecho vida uno de sus sueños ¿por qué no había de ocurrir lo mismo con los otros? ¿Porque *él* no llegaba? Tatiana Ivanovna no se entretenía en razonamientos. Se limitaba á creer. Y mientras esperaba el Ideal, vió de noche y de día desfilar ante ella un ejército de postulantes condecorados ó no, civiles ó militares, pertenecientes al ejército, ó la guardia, grandes señores ó poetas que habían vivido en París ó en Moscou, con barba ó sin ella, españoles ó de otros países; pero sobre todo españoles, en multitud innumerable é inquietante.

Ebrios de amor, estos bellos fantasmas le rodeaban en una turba brillante, y ella transportaba á la vida todos los días aquellas creaciones fantasmagóricas. Todo hombre con cuya mirada se encontrase, era un amante; el primer transeunte que pasaba, se encon-

traba hecho español, y si alguno moría, no era de otra cosa sino de amor por ella.

Vino á confirmarla en esto la ocasión de que Obnoskine y Mizintchikov empezasen á hacerle la corte. La rodeaban de atenciones; se esforzaban por serla agradable, por adularla. La pobre Tatiana no quiso sospechar siquiera que todas esas maniobras no tenían más objetivo que su dinero, convencida de que los hombres se habían hecho de repente alegres, amables, simpáticos y buenos.

Él no llegaba aún; pero sin duda iba á llegar pronto, y la vida era tan soportable, tan atractiva y tan deliciosa, que bien podía esperarse.

Comía bombones, cogía flores, buscaba distracciones de todas clases. Pero la lectura sobreexcitaba su imaginación y Tatiana abandonaba el libro en la segunda página y se entregaba á sus fantasías, apenas la iniciase en ellas la más ligera alusión amorosa, la descripción de un vestido, de un pueblo ó de una habitación. Incesantemente encargaba adornos, cintas, muestras, patrones, dibujos de bordados, bombones, flores, perros. Tres doncellas pasaban el día cosiendo la ropa blanca y la señorita no dejaba de probar vestidos y adornos desde la mañana á la tarde y en ocasio-

nes aun de noche continuaba dando vueltas enfrente del espejo.

Después de su herencia había mejorado y rejuvenecido. No recuerdo bien qué grado de parentesco lejano la unía al difunto general Krakhotine y siempre creí que tal consanguinidad solo existía en la imaginación inventiva de la generala, deseosa de acaparar á Tatiana y casarla con el coronel de grado ó por fuerza. Tenía razón el señor Bakhtcheief al decir que el amor había trastornado la cabeza de Tatiana y mi tío hacía bien en perseguirla y procurar traerla de nuevo á casa, aun en contra de la voluntad de ella. No habría podido vivir sin tutela, se habría muerto ó se habría hecho presa de cualquier pillastre.

Llegamos á Michino á eso de las diez. Era una miserable aldea, situada á unas tres verstas de la carretera. Seis ó siete humosas casuchas de aldeanos, apenas cubiertas de bálago, miraban al caminante con un aire fosco y poco hospitalario.

Ni un jardín, ni una mata en un cuarto de versta á la redonda. Un viejo citiso adormilado dejaba piadosamente caer sus ramas sobre un pantano verdoso á que llamaban el estanque. ¡Qué enojosa impresión no debía producir en Tatiana semejante sitio! ¡Triste lugar para el amor!

La casa principal, de madera y recientemente construída, era estrecha y larga; seis ventanas se abrían en su fachada, en fila y apresuradamente cubiertas de paja, porque el empleado propietario estaba preparando su instalación. El patio aun no estaba terminado y solo se veía en un lado un muro hecho de ramajes de nogal entrelazados y cuyas hojas secas no habían tenido tiempo de caer. Junto á esta valla estaba el tarantass de Obnoskine. Caímos de pronto é inopinadamente sobre los culpables y una de las ventanas abiertas dejaba oír gritos y sollozos.

Entramos en el vestíbulo; un niño, al vernos llegar, huyó temeroso. Pasamos á la primera habitación. Sobre un diván turco, estaba sentada Tatiana, toda llena de desolación. Cuando nos vió se tapó el rostro con las manos y lanzó un grito. Junto á ella estaba Obnoskine, tan asustado y confuso que su aspecto daba verdadera tristeza. Su confusión fué tan grande que le hizo dirigirse á nosotros tendiéndonos la mano, como si le hubiese alegrado mucho nuestra llegada. Por la puerta abierta que daba á la habitación siguiente se veía la sombra de alguien que nos escuchaba. Los que vivían en la casa no se manifestaron. Todos se habían escondido.

—¡Aquí tienen ustedes á la viajera!

¡Ahora se oculta la cara entre las manos!—exclamó Bakhtcheief al entrar.

—Tranquílcese, Stefano Alexievitch. Es indiscreto. Solo tiene derecho á hablar Yegor Ilitch; nosotros somos ajenos á esto—dijo Mizintchikof en tono agrio.

Mi tío dirigió al señor Bakhtcheief una mirada severa; luego, fingiendo no darse cuenta de la presencia de Obnoskine que le tendía la mano, se acercó á Tatiana Ivanovna, cuyo rostro permanecía aún oculto, y con la voz más blanda y el interés más sincero, la dijo:

—Tatiana Ivanovna, el gran afecto y la gran estimación que la tenemos nos ha hecho venir para enterarnos de cuáles son sus intenciones. ¿Quiere usted volver á Stepantchikovo? Hoy es el santo de Ilucha. Mi madre la espera á usted con impaciencia y Sacha y Nastia seguramente se han pasado toda la mañana llorando.

Tatiana Ivanovna levantó tímidamente la cabeza y le miró tímidamente al través de sus dedos; de repente, echándose á llorar se abrazó á su cuello.

—Sí, lléveme usted consigo, pronto—gritaba entre sollozos.—¡Pronto!

—Ha hecho una tontería y ya le pesa haberla hecho—murmuró Bakhtcheief.

—Entonces, ya no hay más que hablar—dijo secamente mi tío á Obnoskine sin

mirarle siquiera.—Tatiana Ivanovna, déme la mano y salgamos de aquí.

Se oyó un fru-fru de faldas que provenía de detrás de la puerta, que se abrió un poco más.

—Sin embargo—dijo Obnoskine, mientras miraba á la puerta entreabierta con inquietud—me parece que desde cierto punto de vista... júzguelo usted mismo, Yegor Ilitch... su manera de proceder en mi casa... En fin, le saludo y no vuelva á pensar en mí para nada, Yegor Ilitch.

—Su modo de proceder en mi casa fué intolerable—contestó mi tío mirando con severidad á Obnoskine—y esta no es la casa de usted. ¿No lo ha oído? Tatiana Ivanovna no quiere quedarse aquí ni un minuto más. ¿Qué otra cosa desea usted? Ni una sola palabra; se lo suplico. Deseo evitar toda explicación complementaria y eso es lo más ventajoso para usted.

Pero Obnoskine se acobardó á tal extremo que empezó á disparar los más inesperados desatinos.

—No me desprecie usted, Yegor Ilitch—dijo en voz baja y llorando casi de vergüenza, pero sin dejar de volverse hacia la puerta como si temiese que pudieran oírle.—No es culpa mía; fué mamá. No lo he hecho por interés, sino con un noble propósito. Habría emplea-

do el capital de un modo útil; habría hecho con él mucho bien. Quería ayudar al progreso de la Instrucción Pública y soñaba en la creación de una bolsa en la Facultad... A ese empleo destinaba yo mi fortuna; no era para otra cosa, Yegor Ilitch.

Sentimos todos que nos invadía la confusión. El mismo Mizintchikov se puso colorado y se volvió de espaldas para que no le viéramos. La confusión de mi tío fué tan grande que le impedía hablar.

—¡Basta! ¡basta!—balbució al fin.—Cálmese usted, Pablo Semionovitch. ¿Qué le vamos á hacer? Ven á comer con nosotros; estoy contento, muy contento.

Pero Bakhtcheief, empleó procedimientos distintos.

—¡Crear una bolsa!—rugió con furia.—Te sentaría muy bien eso de andar creando bolsas. Sobre todo te gustaría atrapar las que pudieras. ¿Crees que vas á subyugar la ternura de corazón de Yegor Ilitch? Y tu madre ¿dónde está? Apuesto cualquier cosa á que no está muy lejos... eso si el miedo no la ha hecho guardarse en su cuarto.

Obnoskine enrojeció. Quiso protestar, pero antes de que hubiese tenido tiempo de abrir la boca, irrumpió en la habitación, con los ojos radiantes y roja de ira, Anfissa Petrovna en persona.

—¿Qué quiere decir esto?— exclamó.— ¿Qué pasa aquí, Yegor Ilitch? Se ha introducido usted con los de su bando en una casa respetable; asustan ustedes á las señoras; da usted órdenes como si fuese el dueño... ¿A qué viene todo eso? Y tú, estúpido—continuó volviéndose hacia su hijo—te has dejado dominar por ellos. Insultan á tu madre en tu casa y tú te quedas ahí, boquiabierto, sin saber qué hacer. ¡No eres un hombre, eres un fantoche!

Ya no se trataba de delicadezas, ni de maneras distinguidas como en el día anterior. Anfissa Petrovna no parecía la misma. Era una verdadera furia, una furia que se había quitado la máscara de gracia. En cuanto la vió mi tío, cogió á Tatiana y se dirigió hacia la puerta. Pero Anfissa Petrovna le impidió la salida.

—No saldrá usted así—repuso.—¿Con qué derecho se lleva usted á Tatiana Ivanovna, á la fuerza? ¿Le contraría que haya escapado á los viles cálculos que habían hecho usted con su madre y el idiota de Foma Fomitch? Usted era el que pretendía casarse por interés. Pero perdone usted si aquí tenemos ideas más nobles. Fué la misma Tatiana Ivanovna la que al ver lo que se tramaba contra ella se confió á Pavlucha para evitar su pérdida. Ella suplicó que la sacase de

las redes que la habían tendido y por eso huyó de noche de su casa. Eso es todo; así la obligaron ustedes á comportarse. ¿No es cierto, Tatiana Ivanovna? Y siendo de ese modo ¿cómo se atreve usted á hacer irrupción en una noble y respetable casa á la cabeza de un grupo y á hacer violencia á una mujer digna, á pesar de sus gritos y sus lágrimas? ¡Pero yo no lo consentiré! ¡No estoy sola! ¡Tatiana se quedara aquí porque es ella quien lo desea! Vamos, Tatiana Ivanovna, no les haga caso; son tus enemigos; no son amigos tuyos. No tenga usted miedo; quédese aquí; voy á echarlos á la calle á todos ahora mismo.

—No, no—gritó Tatiana asustada.— ¡No quiero! No es mi marido. No quiero casarme con su hijo. No es mi marido.

—¡No quiere usted!—interrogó Anfissa Petrovna, ahogándose de indignación.— ¿No quiere usted? Ha venido usted hasta aquí y ¿ahora no quiere? Entonces ¿cómo se atrevió usted á ofrecerle su mano y á escaparse con él de noche? Se ha echado usted en sus brazos y nos ha obligado usted á realizar gastos y á sufrir innumerables disgustos. Muy bien podría ocurrir que por su causa mi hijo hubiese perdido un buen partido; un dote de muchos miles de rublos. No, señorita, todo eso hay que pagarlo, y lo pagará

usted; tenemos pruebas; ha huído usted de noche con él...

Nosotros permacimos indiferentes á aquella parrafada. De común acuerdo nos agrupamos alrededor de mi tío y adelantamos hacia la salida. El coche se acercó.

—Sólo gentes malvadas como ustedes serían capaces de esto. ¡Cobardes!—gritaba Anfissa Petrovna desde lo alto de la escalinata. Estaba fuera de sí.—Voy á presentar una querrela. Tatiana Ivanovna, sepa usted que va á una casa infame. No podrá usted casarse con Yegor Ilitch; tiene, á los ojos de usted, de querida á la institutriz.

Me tío se estremeció, palideció, se mordió los labios y fué á colocarse junto á Tatiana Petrovna en el el coche. Yo dí la vuelta á la calesa y con el pie en el estribo, me disponía á subir, cuando se presentó Obnoskine de repente. Me estrechó la mano.

—Por lo menos no me retire usted su amistad—dijo. Su rostro expresaba desesperación.

—¿Mi amistad?—contesté.

—Por Dios; ayer mismo he reconocido en usted al hombre instruído. No me condene. Fué mi madre la que me indujo á la tentación; yo no tengo responsabilidad ninguna en eso. Fué mi madre quien lo hizo todo.

—Muy bien—repliqué;—lo creo.

Partimos al galope, perseguidos durante mucho tiempo por los gritos de Anfissa Petrovna y mientras todas las ventanas de la casa se iban poblando de caras desconocidas que nos miraban con una curiosidad salvaje.

Ibamos cinco en el coche. Mizintchikov había subido al pescante, junto al cochero, para dejar sitio al señor Bakhtcheief que estaba enfrente de Tatiana Ivanovna. La alegraba que nos la llevásemos, pero seguía llorando. Mi tío procuraba consolarla. Estaba triste y pensativo; advertíase en él que las infamias vomitadas por Anfissa Petrovna sobre Nastenka, le habían afectado penosamente. Nuestro regreso se habría verificado sin molestia alguna á no ser por la presencia del señor Bakhtcheief.

Sentado frente á Tatiana Ivanovna, estaba á disgusto, y le era imposible conservar la sangre fría; no paraba un momento; enrojecíasele el rostro; miraba fieramente de un lado á otro, y cuando mi tío procuraba consolar á Tatiana, el hombre gordo, positivamente fuera de sí, gruñía como un bulldog irritado. Mi tío lo miraba con inquietud. Al fin, antelas extraordinarias manifestaciones del personaje que llevaba enfrente. Tatiana Ivanovna, empezó á examinarle con atención, luego nos miró, sonrióse,

y de pronto golpeó con el puño de su sombrilla el hombro del señor Bakhtcheief.

—¡Majadero!—dijo con encantadora audacia, y se ocultó en seguida detrás del abanico.

Fué la gota de agua suficiente á hacer desbordar el vaso.

—¿Qué?—rugió él.—¿Qué es eso, señorita? ¿De modo que va usted á caer ahora sobre mí?

—¡Majadero! ¡Majadero!—gritó Tatiana Ivanovna, muerta de risa y palmoreando.

—¡Para!—gritó el señor Bakhtcheief al cochero.

Se detuvo el coche. Bakhtcheief abrió la portezuela y salió rápidamente del carruaje.

—¿Pero qué pasa, Stefano Alexievith? ¿Dónde va?—gritaba estupefacto mi tío.

—No; ya basta—clamaba el hombre gordo, tembloroso de indignación.—Que le acompañe el demonio. Soy demasiado viejo, señorita, para que usted me haga la corte. Preferiría morirme en la carretera.

Y, añadiendo en francés: «Bonjour, madame, comment vous portez vous?» emprendió á pie su caminata. El coche le seguía. Por fin, mi tío, perdió la paciencia y gritó:

—¡Eh! Stefano Alexievitch, no hagas el tonto. Ya es suficiente. Sube; va siendo hora de llegar.

—Déjenme en paz—replicó Stefano Alexievitch, todo fatigado, porque su gordura le impedía andar fácilmente.

—¡Al galope!—ordenó Mizintchikov al cochero.

—¿Qué dices? ¿Qué es eso? ¡Para!—pudo gritar mi tío; pero ya el cochecito iba lanzado.

El cálculo de Mizintchikov había resultado justo. Obtuvo en seguida el resultado que deseaba.

—¡Para! ¡Alto!—gritaba detrás de nosotros una voz desesperada. ¡Para! ¡Loco! ¡Miserable!

[[El hombre gordo apareció por fin, destrozado de cansancio, con la frente brillante de sudor; desanudó la corbata y se quitó el sombrero. Muy fosco, subió al coche sin decir palabra. Yo le cedí mi sitio para que, por lo menos, no estuviese frente á Tatiana Ivanovna, que durante la escena no había dejado un momento de reirse y de palmorear de contento; no pudo ya durante el viaje mirar sin lanzar una carcajada al hombre gordo. Pero hasta que llegamos á la casa no se logró ver al señor Bakhtcheief desplegar los labios; permanecía con los ojos fijos en una de las ruedas.